

nenosos. Las burlas chocan entre sí, las invectivas se suceden, los defectos y los vicios salen allí á relucir, y el auditorio celebra el asunto con estrepitosas carcajadas. Mientras tanto que rien los oyentes, cada uno de los luchadores procura mantenerse imperturbable, y aunque las palabras sean cálidas y mortificantes como alfileres, ellos aparentan una gran sangre fría. Pronuncian su canto siempre en un tono agudo y gutural, estirando la música como elásticamente, con inflexiones largas y ondulantes que recuerdan la manera de modular del canto gregoriano.

También en las Antillas descubrí la misma costumbre de torneos poéticos. Allí los negros y mulatos se zahieren entre sí pronunciando *décimas*, horriblemente rimadas por lo general, y ocasionan el mismo alborozo en el público que los versolaris entre nuestros campesinos. Igual que en las Antillas, en Sud América gustan los *gauchos* de reunirse dentro de una *pulpería*, y acompañándose con una guitarra, riñen batallas de ingenio aquellos versificadores campestres; batallas de palabras que terminan más de una vez, por desgracia, con peleas de cuchillo.

JOSÉ M.^A SALAVERRÍA.

SE admite como verdad axiomática, que los poetas son seres privilegiados que tienen la alta virtud de ennoblecer la existencia humana, y de reflejar á lo vivo el genio y la civilización característica de sus respectivos pueblos.

Por eso los verdaderos poetas y sus obras viven todo el ciclo del pueblo y de la civilización que reflejan.

En los pueblos de origen y cultura oriental, donde las gradaciones de las jerarquías humanas, concuerdan con las gradaciones de la fantasía, y donde por ello mismo la leyenda, la ley y el derecho han llegado con cierta naturalidad hasta subordinar los dioses inmortales al capricho de las veleidades humanas, y elevar al mísero hombre al centro de la divinidad—sus poetas—los genios de su cultura salvan esos contrastes con la grandilocuencia de su genial fantasía elevando para el caso, cuando así conviene, á precepto religioso las creaciones de sus delirios idílicos.

En cambio, en la civilización occidental, en la ibérica, ó sea la vasca—donde la cultura y el arte guardaron siempre en todas sus múltiples manifestaciones la más estrecha armonía con el criterio analítico de la razón, y donde por ello mismo le está prohibido al hombre trabucar hasta en broma, las inflexibles leyes de la Naturaleza—, sus poetas, al revés que en otros pueblos y en otras civilizaciones, son los guardianes del criterio, y los Catón de las buenas costumbres.

La *Iliada* y la *Odisea*; lo mismo que la mayoría de los poemas de su género, sean éstos producto de civilizaciones antiguas ó modernas, son inconcebibles en lengua y cultura euskara, porque jamás esta lengua podría autorizar las ficciones en que se tejen sus argumentos, debido á que nunca el criterio propiamente vasco, admite las trasgresiones del sentido común y de las leyes eternas.

Lo falso, aun en la poesía, para él es *chorakeri*—frivolidad—cosa impropia para recreo y enseñanza de hombres serios. Modalidad explicable si se tiene en cuenta que el vasco es esencialmente analítico, y que la necesidad de satisfacer la suspicacia ingénita de su espíritu le convierte en cultor devotísimo de la Naturaleza, que le presta sus enseñanzas y le controla sus concepciones.

De aquí el carácter preciso y estalle de la cultura euskara, y la causa de la atribuida sencillez de su literatura, lo mismo que la razón de que sus poetas sean más naturalistas que ideólogos, ó si se quiere, más concretos que líricos.

Debe, sin embargo, tenerse en cuenta al apreciar esa literatura vascongada, especialmente la poesía, que fuera de estos principios que reglan su naturaleza, ha contribuido también á esta sencillez, su carácter generalmente popular, á que es obra de *bersolaris*, en su mayoría analfabetos, y todavía á que muchas de las composiciones que la forman, son improvisadas en metro y ritmo exigidos.

Y, sin embargo, esta poesía popular es la más estimada del pueblo, porque es sin duda alguna, la que mejor se ajusta al ritmo, al gusto, al sentimiento y modismos que constituyen su alma.

Á esta clase de poesías, aunque en forma variada, pertenecen la mayoría de las composiciones que son materia de este libro.

Pello Mari, como llamaban á Otaño, con todo el cariño de su adhesión, sus *erritarres*, es poeta por *natura*: *bertsolari*, de familia de *bersolaris*, y originado en tierra saturada de leyendas y ritmos

vascos, en la cuenca del Hernio donde es fama se guardan con más pureza la lengua y costumbres vascongadas.

Pero Otaño, aunque *bersolari*, por las exigencias de sus peregrinaciones en tierras lejanas, había iniciado su espíritu en lenguas y culturas extrañas á la propia, sin por esto debilitar el estro heredado.

Es más, esta cultura exótica que motiva amasijos indigestos en nuestros escritores vascongados, robustece el estro originario en Otaño; en prueba de ello, pueden citarse como hermosos ejemplos de ello: *Anaitasuna Aitona gizagaisoa*, *Elizakuak*, *Aita-semeak* y *Auntza-larrera*; composiciones que con *Donostiya* denotan sin duda cierta complejidad, pero en los que se reflejan nítidamente las riquezas y virtudes de la lengua y de la cultura genuinamente euskaras.

DONOSTIYA

SARITUA

UŠUA

Nola gizon guztiyak
chit aundiyak diran
eta oso chikiyak
denbora berian,
batek asko pentsatu
eta ondorian,
igartzen diyo nola
gauz'asko lurrian,
ainbeste itsasuan
ala legorrian,
egonagatik anbat
gugandik urrian,
Jaungoikuak daduzkan
betiko gordian.

—

Argatik dago chutik
betiko galdeera:
—¿Zergatikan da gauz'au

beste ori zer da?
—Iñoiz erantzuteko
izaten da era,
gizona irichi da
zerbait jakitera,
illunpetatik gauza
asko du atera;
bañan jakintsunetan
geyena dan bera
erortzen da maizena
galde egitera:
—Zergatikan da gauz'au
beste ori zer da!

—

Isiltzen diranian
gizon jakintsunak,
izketan asten gera
guchi dakigunak;